

Las puertas cerradas de la información petrolera

KIM FUAD

Hay que conseguir primero los hechos, y luego puedes distorsionarlos como quieras, observó Mark Twain al referirse al periodismo del Siglo 19. Esta observación tal vez describe bien lo que los periodistas modernos hemos definido como el periodismo interpretativo.

Sin embargo, en el campo de la información petrolera en Venezuela, es común ver la inversión de la observación de Twain. Es decir, frecuentemente primero aparece una información distorsionada que posteriormente debe ser enderezada con la publicación de los hechos.

Un ejemplo excelente de esto fue la noticia escueta, pero alarmante de que Venezuela estaba importando gasolina, que apareció en la primera página de un respetable matutino el año pasado. La insólita información, sin embargo, nunca fue aclarada adecuadamente por el gobierno ni la industria petrolera estatal, dejando así flotar en la opinión pública la sospecha de que no todo andaba bien en la industria nacionalizada.

Aquellos periodistas que indagaron, pese al hermetismo oficial, encontraron que efectivamente se había importado gasolina, pero debido al cierre temporal de una de las instalaciones de la refi-

nería de Cardón. Muy al contrario a la impresión bastante generalizada de que algo andaba mal, los hechos comprobaron que la industria estatal había actuado con prudencia en su empeño por cumplir con la obligación primordial de satisfacer la demanda de hidrocarburos en el mercado doméstico.

¿Qué condujo a un caso como éste y otros similares en el campo de la información petrolera? Sobre todo en una nación que se había destacado entre los otros miembros de la Organización de Países Exportadores de Petróleo como la más liberal en la información petrolera.

Se pueden buscar chivos expiatorios particulares, tal como ha sido la moda actual. En este sentido, el ex Ministro de Energía y Minas, Valentín Hernández, siempre manifestó una aversión hacia la información pública sólo superada por la del actual presidente de Petróleos de Venezuela, general Rafael Alfonzo Ravard. Pero esto sería a su vez, una distorsión de los hechos.

Lo cierto es que la merma en el libre flujo de información petrolera para el público venezolano se debe a un proceso político-histórico que encuentra su paralelo en el proceso de nacionalización de la

industria petrolera.

Durante la década de 1960, los gobiernos venezolanos utilizaron la información petrolera como un arma política en su larga controversia con las concesionarias extranjeras. El máximo exponente de esta táctica fue el desaparecido Juan Pablo Pérez Alfonzo quien celebraba conferencias de prensa semanales para utilizar los medios de comunicación en la lucha por reivindicaciones nacionalistas. Llevó su defensa de la política de Acción Democrática hasta la televisión, debatiendo con Arturo Uslar Pietri sobre el papel de Venezuela en la OPEP. Sus sucesores, tanto de los gobiernos acciondemocratistas como Manuel Pérez Guerrero y Jose Antonio Mayobre, como Hugo Pérez La Salvia, de Copei, no dejaron de usar la información como arma fundamental. De esta forma, la información petrolera que había sido virtualmente tabú en los años anteriores a los 60, estaba al alcance del gran público venezolano.

En la década de 1970, cuando la evolución en el poder petrolero llevó a los países productores a su predominio actual, el debate público sobre los problemas petroleros alcanzó un nivel extraordinario. Tanto así que las concesiona-

Valentín Hernández



Humberto Calderón Berti



Rafael Alfonzo Ravard



rias optaron por evitar todo pronunciamiento público ya que eran usados en su contra.

Todo esto condujo a la formación de un gran consenso público en favor de la nacionalización de la industria petrolera. Pero si todo el mundo estaba a favor de nacionalizar, el consenso no se logró en cómo se iba a nacionalizar. Surgieron grandes diferencias en torno a la Ley de Nacionalización, particularmente en cuanto al Artí-

culo Quinto, que dejaba abierta la posibilidad de una asociación con empresas petroleras extranjeras, y fueron severamente criticados los contratos de comercialización y asistencia técnica con las ex-concesionarias.

Finalmente, el modo de ejecutar la nacionalización no contó con un consenso nacional, sino con una mayoría en el Congreso. Los hombres encargados de realizar la nacionalización recibieron

un mandato sencillo, pero trascendental: no debían fracasar las operaciones estatales.

Trazado el rumbo de la transición de una industria en manos extranjeras por más de medio siglo a una industria estatal, se prestó poca atención a las críticas. Como Ulises y sus marineros, se resistió la tentación de debatir cómo se debe realizar la nacionalización, optando en su lugar por realizarla.

Lamentablemente, muchos de los hombres de la industria petrolera nacionalizada aún no han sacado la cera de sus oídos, cuatro años después de la nacionalización, y siguen insistiendo en que las críticas u observaciones son tan peligrosas como las sirenas de la Odisea.

Y lo que es más grave, el nuevo gobierno del Presidente Luis Herrera Campíns se ha manifestado partidario de una mayor información para el público. A nivel del sector petrolero, el Ministro de Energía y Minas, Humberto Calderón Berti, ha sido particularmente enfático en insistir en un amplio flujo de información.

Sería injusto atribuir todas las fallas de la información petrolera a la industria y al gobierno. El periodismo venezolano tradicionalmente ha sido sensacionalista, buscando el "tubazo" en lugar del análisis informativo. Pero esta tradición está perdiendo terreno ante el lento, pero inexorable proceso de culturización del país. Más venezolanos exigen explicaciones del por qué de las actividades económicas nacionales y no se quedan satisfechos con proclamaciones, tanto del sector oficial como de la oposición. La retórica no es un sustituto adecuado para la substancia en la información cuando se trata de una materia que afecta a todos los venezolanos sin excepción.

Como dijo Twain, hay que conseguir primero los hechos, y luego puedes distorsionarlos como quieras. Aunque se suavice la observación, utilizando **interpretarlos**, en lugar de distorsionarlos, lo que queda inmutable es la necesidad de contar con los hechos.

Proveer a los periodistas de una información amplia y de fácil adquisición no es, obviamente, ninguna garantía de que los mismos no dejarán de criticar o de comunicar opiniones críticas. Esa, en fin, es la tarea de una prensa libre.

